

NUESTRA PASIÓN ES COLOMBIA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Cuando en el editorial pasado convidábamos a los universitarios liberales a marginarse del fraccionamiento actual del liberalismo y a reflexionar en las indispensables mutaciones de la sociedad y del Estado colombiano, pensábamos en nuestra generación, pensábamos que le corresponderá incorporarse plenamente al que hacer nacional para actuar en Colombia y sobre Colombia en un momento histórico singular.

Medio siglo de fracaso y de desconocimiento del destino nacional señalan la frustración rotunda de todas las generaciones posteriores a la llamada “Generación del centenario”: generaciones que no estuvieron a la altura de su respon-

sabilidad histórica; que entendieron la política como la acción agresiva de perturbación social, demoledora de instituciones, de polémicas estériles que sólo servían para el descrédito de la libertad ideológica; generaciones que no quisieron reconocer cómo la política es un debate auténtico en el cual se buscan soluciones con partidos nacionalmente responsables, cómo presupone aprendizaje, educación e instrucción para discutir los sentimientos, el destino, los deseos de un pueblo en su afán de mejorar o ver mejorar a sus hijos; cómo es en el fondo un arte que por su naturaleza exige métodos para el funcionamiento de las instituciones según los cambios en el tiempo y en los acontecimientos; generaciones que se resistieron a creer cómo con la política se buscan soluciones de modo que los intereses nacionales, en países democráticos, no permanezcan en manos de las clases dirigentes,

* Revista **Vértice**, Editorial Volumen I, número 2, Bogotá, mayo de 1964.

los círculos de familia, los advenedizos políticos y los oportunistas.

No sólo se malograron las posibilidades de estas generaciones sino que por las equivocaciones de quienes las dirigieron, el hombre colombiano siente un principio de frustración que ensombrece aún más el panorama del país. Un principio de frustración que se origina en la convicción cierta de que podemos ser y no somos, en la convicción cierta de épocas pasadas debidas a los próceres que construyeron la patria y liberaron naciones sin otro respaldo que la voluntad inquebrantable de hacerlo. Era la época en que Colombia tenía iniciativa propia y capacidad creadora. Teníamos soluciones nuestras para nuestros propios problemas.

Compensar la frustración de estas generaciones constituye una tarea inmensa, significa que una sola generación logre los cometidos que se le encomendaron a varias. Pero nadie elige su deber, éste se impone al hombre por la circunstancia en que nace y el nuestro consiste en llenar el vacío generacional que se aprecia en Colombia. Este deber es intransferible porque es nuestro destino. Cumplirlo o no depende únicamente de nosotros.

¿De qué manera se puede cumplir este deber con el país y con nosotros mismos? Es difícil, acaso imposible que logremos nuestro propósito histórico si no nos rebelamos contra el balance de las generaciones pasadas, si no señalamos sus grandes equivocaciones y no nos cuidamos de establecer las condiciones necesarias

para no cometerlas también. Los jóvenes liberales y conservadores no traicionamos nuestras convicciones porque nos rebelamos unidos contra quienes provocaron la violencia por indolentes o por haber convertido el odio al adversario político en un deber moral, mediante falsos argumentos de la lógica y la filosofía de los partidos. No acusamos a nadie individualmente porque conocemos demasiado la impotencia del individuo frente al poder de las obsesiones colectivas; pero si acusamos a las generaciones en general que toleraron la confusión en sus filas y pusieron su inteligencia y su preparación al servicio de la beligerancia partidista. Las acusamos para demostrar que no somos herederos de sus errores y que aprendemos del pasado para nuestro porvenir.

No buscamos subrayar la importancia de nuestra generación mediante una rebelión injusta contra las precedentes, lo que buscamos es demostrar que nuestra lucha pertenece a un tiempo diferente, la movilizan otros valores y tiene una concepción del destino nacional distinta. Estamos enriquecidos por las experiencias de otras generaciones pero nos moviliza el anhelo de ir más lejos que ellas. Ahora la lucha es más ardua y nuestra generación, la generación que hace estudios universitarios en la década del sesenta, tiene que entenderlo ya, pues el vertiginoso ritmo de transformación que predomina en el mundo contemporáneo nos ha dejado atrás; (advertimos que al ubicar en el tiempo a nuestra generación no queremos reducirla a un concepto simplemente cronológico,

pues lo que define una generación son ciertamente sus ideales, sus realizaciones y en general su actitud ante el país).

Los culpables de la frustración de las generaciones vencidas fueron sus conductores y sus intelectuales, quienes por su instrucción y experiencia debieron conocer el destino nacional y lo negaron con sus actos y contradicciones por debilidad y por conveniencia. Nosotros no podemos cometer el mismo error. Nuestra generación debe recorrer una trayectoria concatenada y lógica desde todas las posiciones de servicio y durante toda su intervención en la vida nacional. La trayectoria de un gran viaje que le exige sólida preparación a la juventud para dirigir hacia él al país; que le demanda estudiar constantemente los problemas colombianos; que la obliga a marginarse siempre de los intereses creados; que le ordena conocer las tesis expuestas por todos los hombres verdaderamente notables del país, sin discriminar arbitrariamente los méritos de sus análisis, aunque su ideología sea una u otra; un gran viraje que tiene como uno de sus fundamentos las nuevas perspectivas de la integración económica y la solidaridad política en los países americanos, con las cuales se superarán definitivamente el aislamiento y las fronteras artificiales que predominan en el continente; un gran viraje que le establece a la juventud como su primer deber, valorizar la nación sin que ello sea un impedimento para apreciar también las acciones y los valores grandes de todos los pueblos; que la llama a sacrificar su comodidad

y su seguridad personal con tal de contribuir a aquellos fines; que le exige merecer por su preparación y sus esfuerzos el derecho a servir a Colombia; que le aclara el condicionamiento recíproco que existe entre la libertad, la justicia, la solidaridad y la paz en una nación; que en fin le manda saber dar soluciones originales para realidades propias y recuperar así la iniciativa, para no ser simple y rutinaria imitadora de otros aspectos revolucionarios sin capacidad de creación.

Si nuestra generación entiende estos llamamientos y estas exigencias, si aprecia el valor de la trayectoria de este gran cambio transformará a Colombia, si no lo hace, será otra esperanza fallida.

Tenemos fe en nuestra generación y si desde ahora depositamos nuestra confianza en ella, no quiere decir que hipervaloremos la juventud; nuestra fe se origina en que creemos posible movilizarla y obligarla sin necesidad de promesas, sino con imposiciones y llamamientos a su espíritu de sacrificio y su voluntad de entrega. Convidamos a nuestra generación a la lucha, o sea al heroísmo y al sacrificio, porque creemos en la gigantesca fuerza que encierra el desinterés, el entusiasmo y la acción dirigida a un objetivo suprapersonal, fuerza esta que es capaz de realizar una verdadera revolución; una revolución con sólo recursos morales. Estamos ciertos de que al país y a su juventud, no lo mueven sólo y ni siquiera primordialmente, sus intereses de clase, sino, simultáneamente sentimientos y juicios de carácter general y elemental—como

el deseo de la paz, la solidaridad y la libertad—sin los cuales no es posible que subsista la nación.

Aspiramos a que nuestra generación cuente en la historia, en donde sólo cuenta lo logrado en plenitud, a que la vida y la obra de esta nueva juventud consista en encender confianza y solidaridad en la nación, pues nada existe realmente entre nosotros si no apoyamos a Colombia que vuelve escéptica y resignada de la confusión y la violencia de los últimos 16 años.

Ahora el hombre colombiano vuelve a apasionarse; pero su pasión no es la de los partidos que pervirtió los espíritus y empujó a millares de compatriotas a la muerte en aras de los fantasmas de ideales egoístas. Ahora nuestra pasión es Colombia y creemos en este ideal como el único capaz de unir a todo el país. Pero el amor a un ideal no exige el odio a los creyentes que aman el suyo; no creemos en aquellas modalidades del nacionalismo que desataron

las guerras de este siglo; amamos nuestra patria y respetamos y admiramos la voluntad de los demás de amar la suya, porque esto es lo verdaderamente humano y en ningún momento significa contradictorio.

La pasión por levantar a Colombia representa el común ideal que anima a nuestra generación. Apoyémosla en su generoso empeño, apartándola de lo inestable y fugaz y levantándola hacia lo duradero o inmutable. Busquemos que sea animosa y libre, que no se deje avejentar por el ambiente y que no sea servil con los ungidos, para que demuestre cómo Colombia también es joven porque tiene corrientes vivas entre sus hijos, capaces de conducirla en la lucha colectiva, en esta cruzada por la dignificación del hombre colombiano.

Encomendémosle a nuestra generación la responsabilidad del destino nacional para que sea grande y defienda la grandeza en Colombia.